

Arcoíris perturbado
J.JUNY

Abril, 2020

Mucha gente recuerda a Joaquín Sabina y su «Quién nos ha robado el mes de abril». A mí, sin embargo, 19 días y 500 noches se me hicieron largos. Tan largos como los pensamientos que rodean mi mente.

Después de tanto tiempo en casa, lo que más viene a mi cabeza ahora es mi infancia. De cómo pasaron de llamarme Antonio a Toñito, Antoñín...hasta el definitivo, Toni, que soy ahora.

Quiero volver a mis cabales, a aquella niñez, a ese patio de baldosas rojas en el que un balón de Naranjito te hacía parecer el mejor futbolista de la historia. A las cero preocupaciones, cuando tu único temor era que tu Gusiluz tuviera pilas a la hora de dormir. O cuando mi único miedo era entrar a la cocina y asustarme con ese ruido extraño, esa luz brillante. La yogurtera funcionando.

Recuerdo celebrar mi cumpleaños con mis primos y un amigo del colegio, cuando una habitación pequeña parecía un gran estadio en el que estaba actuando Mecano. O cómo te levantabas temprano el día 6 de enero, observando pisadas de camellos reales perfectamente marcadas en serrín y musgo y esparcidas desde la puerta de entrada al pasillo (gracias, papá),ese pasillo interminable en el que tu hermano y tú parecíais Oliver y Benji, hasta que de repente llegaba tu madre y decía:

—¡A cenar!

—¡Jo, mamá! En la serie tardan semanas enteras en llegar a portería y tú nos cortas así de repente...

No seguías la frase porque veías desenfundar la pantufla. Vale, mamá. Hoy intentaré no pinchar por debajo de la mesa a mi hermano hasta cabrearlo, no es el día.

Y allá nos tenías, a mi hermano pequeño, Gabi, y a mí tomando un Cola-Cao antes de acostarnos. Esa bebida con su yema batida que mi madre integraba perfectamente y, a su lado, un filete que se suponía de ternera...y que en realidad era hígado. Por supuesto que a esa edad nos daban asco las vísceras. «Es muy sano», soltaba finamente, conociendo solo ella la verdad. Y nosotros, absortos

mirando la televisión, lo engullíamos sin rechistar. Mi madre, Luisa, no tiene muchos estudios, pero es de las personas más inteligentes que he conocido en mi vida.

Mi padre llegaba tardísimo a casa, con cara de cansancio tras una larga jornada laboral. Esperaba impaciente a que termináramos de cenar. Limpieza de dientes, sin olvidarte de cepillarte las encías, y a la cama. Se acercaba a nosotros y nos daba un beso de buenas noches antes de dirigirse inmediatamente al salón, levantar esas faldillas de la mesa camilla y agarrar un bocadillo de tortilla francesa colocado estratégicamente en el brasero para que no se enfriara. Cena humilde digna de dioses. Y, en un suspiro, giraba su cuerpo para marcharse al instituto nocturno del barrio donde se estaba sacando el graduado escolar. Los humanos de esa época empezaban a trabajar en edad pre juvenil y los estudios quedaban aparcados para quizá un futuro...o no. En una ocasión nos contó que había descubierto en la clase de inglés para adultos que su nombre, Juan, en la lengua de los guiris, como decía él, era John.

Desde entonces fue papá John.

Esta pandemia da que pensar. Me hago muchísimas preguntas. A ver, Toni... ¿Realmente piensas en todas las cosas tan bonitas vividas en tu casa? ¿En todo el esfuerzo que han hecho en tu vida por ti? ¿Y te vas a quejar porque no puedes salir a demostrar que eres Carl Lewis de la época actual? Quédate en tu casa, sí, tu hogar, porque da igual si es una mansión, una planta baja o una tienda de campaña. Tu hogar sois tú y tu familia, disfruta de ello y quédate haciendo planes. Me lo repito una y otra vez, pero es que definitivamente tengo un plan: voy a guardar todas mis fuerzas hasta el momento en que pueda acercarme a ti y abrazarte como si el mundo hubiera estado a punto de acabar.

Pero esto sigue.

Horas, semanas, un día tras otro. Confinamiento que te crio. Y te vuelves más y más observador.

Me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor con un pequeño vistazo. Y, al fin y al cabo, creo que en general estamos perdiendo la vergüenza. No me parece nada malo, pero es curioso el contraste que hay de una acera a otra, del primero al segundo. De un edificio a otro.

Sí, hablo de los balcones.

La diferencia que hay entre una cuarentena a otra, separadas por un simple tabique. Una montaña rusa de sentimientos diferentes en cada hogar. Cómo escuchas a

Camilo Sesto en el 2º B y a continuación un *reggaetonero* que para mí es difícil de adivinar. Lo siento, ellos tampoco conocen a mis Novedades Carminha y su *Verbena*.

Darte cuenta del intercambio de miradas entre el balcón con el arcoíris de «Todo va a salir bien» y el obrero que entra en el estanco en busca de sus necesidades básicas. Frases motivadoras, música alegre y color, mucho color, forman las terrazas y azoteas de este país en este preciso instante.

Intento no salir de casa, pero necesito cuatro cosillas para sobrevivir esta semana.

María, la cajera del súper, siempre está con esa sonrisa que intuyes detrás de la mascarilla y una broma en la boca, mientras el resto guardamos serios la distancia de seguridad, en busca de la levadura de rigor.

Tras pagar, camino hasta el coche mirando a derecha, izquierda, arriba y abajo. Como si hubiera cometido el robo a la Casa de la Moneda. Y ahí encima de mí, en ese balcón, está un vecino con ropa fluorescente y unas garrafas de agua medio llenas, estirando los músculos. Giro la vista hasta la azotea contigua y dos chavales pelotean y chillan, como si estuvieran disputando la final de la Champions.

Entro en mi coche sucio... igual un día vuelven a abrir los lavaderos. Giro mi llave y, con las ventanillas abiertas de par en par, enciendo la música. La lista de reproducción aleatoria me da una sorpresa. Curioso, pero ahora suena *Feeling Good*, de Michael Bublé. Quizá el universo me mande esta señal, pero lo cierto es que yo no me siento tan bien. Conduzco unas pocas calles sin cruzarme con más de tres personas y dos vehículos. Y, cómo no, varios policías locales y guardias civiles controlando la situación. Diviso mi edificio y, nada más acercarme a la puerta del garaje, aprieto el mando.

Mientras se alza el portón me invade la sensación de ser como un becerro entrando al matadero. Aparco tranquilo y cojo las bolsas del maletero, camino hasta el ascensor y pulso el botón «2» con la llave, ya no llevo los guantes y no me la juego.

Entro en casa, pero mi sensación es rara, tal como inspira el ambiente de las calles. Tras ordenar mi compra y lavarme las manos por millonésima vez hoy, decido que haré macarrones. Hoy será comida «exprés». Tardo tan poco en cocinarlos como en comerlos. Y, al final, repito. Dos platos en mi panza. Esto de comer se me está yendo de las manos.

Queda un buen rato para que suenen el Resistiré y los aplausos, así que aprovecharé para tomarme el cortado post comilona en la terraza y para leer un rato.

Preparo el ritual. Libro, móvil, taza y a sentarme. No entiendo cómo se puede estar tan cansado de no hacer nada.

Al señor bigotudo del edificio que hay enfrente, Mr. Potato, como digo yo, lo veo cada día barriendo y fregando su terraza. Hoy, mientras mueve los sofás y sillas de mimbre, alza la cabeza y, al verme, me saluda en silencio con un movimiento de aprobación, buscando mi mirada cómplice. Respondo con un leve saludo, levantando mi taza pero sin dirigirle la palabra.

Mientras pego un sorbo a mi cortado pienso si dejar una nota de agradecimiento en el ascensor a mi vecina, la enfermera. Pero, claro, sé que si lo hago, ella me dirá: «Es que solo es mi trabajo». Lo que ella —con esa mirada que tiene a veces, extenuada tras una noche en las Urgencias de Can Misses—, no sabe es que mi agradecimiento no sería por eso.

Te diría gracias por esa sonrisa tan bonita que tienes, esa sonrisa que me hace flotar durante un instante.

Recuerdo perfectamente cuando nos cruzábamos en el rellano, antes de toda esta pandemia. Nunca me decía más que un hola tímido. Igual un día hasta hablamos y acabamos comiendo Doritos juntos. Es tan perfecta... y yo solo un perfecto idiota. Pero perderé esta vergüenza.

Antes, en general, nos costaba saludar. Ahora puede que necesitemos ese contacto visual, oral o mediante un abrazo de esos que reinician cosas. No todo van a ser deporte, pan casero e historias de Instagram.

Vergüenza poca, pero hemos ganado tiempo. Plantas revividas, muebles de cocina limpios, libros finiquitados, pinturas infantiles hechas por adultos y, por supuesto, risas con tus hijos. Hace unos meses únicamente existían el beso de buenas noches a los enanos, antes de acostarse, y un «no molestes que estoy mandando correos electrónicos».

Tiempo, eso que te llevas.

Salimos de una trayectoria parecida a la de las abejas en sus colmenas. Del trabajo a casa y viceversa. Éramos como auténticos robots autómatas. Ahora, de repente y pensándolo bien, tengo la seguridad que hemos estado conduciendo durante años hasta este preciso momento.

Parada técnica. El mundo lo necesitaba.

«Acabo de terminar de restaurar la moto antigua de mi abuelo. Veintitrés años con ella en el trastero de mis padres. Nunca pensé que haría esto», escribe mi amigo por WhatsApp.

Pues no lo pienses, pero no me molestes ahora, que tengo que pegar una nota en el ascensor.

Delito de amor cometido.

A esperar. Y ahora, tras la música, los aplausos y un Cumpleaños feliz en ese balcón lleno de geranios, a cenar. Hoy mi cena no será muy copiosa, no tengo demasiado apetito y, aun así, lo de cada día.

Tragar y tragar.

Acabo con la satisfacción de un trabajo terminado más. Alcachofas salteadas con jamón serrano dentro mi estómago. Después de fregar los cacharros, al baño. Mientras me lavo los dientes, me miro fijamente en el espejo pensando que, si esto dura mucho, llegaré a convertirme en albino. Y eso que hoy estuve en la terraza, pero el sol me repele.

«Venga tío, a la habitación», pienso. ¿Netflix o libro? Al final, es tal mi aburrimiento que reviso todas las redes sociales y contesto varios mensajes de grupo. Ya es que ni los memes me hacen gracia. Abandono el móvil encima de la mesilla e intento dormir.

Ja, ja... que te lo crees tú.

Maldito insomnio. No sé qué hacer.

Venga, encenderé la televisión por primera vez en días. Hago un poco de zapeo...números de la pandemia, tele tienda, documentales de animales casi extintos... ¡Vaya, el horóscopo! Esperanza Gracia, esa vidente nocturna que siempre dice «¿Hay algo que te inquieta, te atormenta, te perturba?». Pues sí, señora. Me inquieta no saber cuándo podré salir a pasear y sentirla brisa marina azotando mi cara. Aunque, si te soy sincero, Esperanza, me inquieta mucho más saber qué día, por fin, voy a dar un beso.

Me atormenta imaginar el después.

Ya nada será igual, que no digo que peor, porque quizá la gente tome más conciencia. Qué iluso soy. Me perturba pensar que haya personas que anteponen la futurología a la política. Los ingenieros de la palabra. Esos políticos de barra de bar. «Es que si hubieran hecho...». Y lo de las mascarillas: «Que abran los bares ya, yo lo haría». ¡Y lo de los niños!: «Anda que si estuviera yo...».

Es triste, pero, en este país, hay una enorme cantidad de videntes. Saben exactamente lo que va a suceder en el futuro. Muchos fenómenos que, desde su sofá, gritan a los futbolistas diciéndoles cómo marcar un gol. O, a alguien elegido democráticamente, cómo hacer su trabajo. Eso sí, tú no les quites su carajillo ni su hora y media de bocadillo. Ellos arreglan el país, cuando ni en su círculo más cercano les respetan.

¿Soluciones? Ahí ya les entran las dudas.

Creo que, a día de hoy, una bandera no sana un cuerpo, pero, bueno, ellos son los que saben. Son expertos en economía, a pesar de que la mitad de su salario cae por la ranura de una máquina tragaperras. Expertos en medicina, cuando no diferencian una bacteria de un virus. Expertos en medidas sanitarias, cuando son de los que bajan a comprar el pan...y más tarde unas cervezas...y a continuación una bolsa de pipas. Por supuesto, sin mascarilla ni guantes. Total, son cinco minutos de nada. Expertos en política, aunque sus ideales cambien cada cuatro años.

Y luego existe otro tipo. Los inteligentes sin cerebro. Siempre dije que no es lo mismo ser inteligente que listo. Pues esos son los peores. En época de bulos, malestar y ansiedad, hay individuos capaces de introducirte en su túnel de horror con mentiras y miedos por el mero hecho de tener una carrera o dos.

Escucha, pájaro, tengo suficiente con mis mierdas para que tú, que cambias de opinión cada tres días, me asustes.

Pasan del «quedaos en casa» al «nos tienen secuestrados en nuestros propios hogares» como el que deshoja una margarita. Conversan acerca de dictaduras, golpes de estado y mamandurrias. Yo no soy ingeniero, lo siento, pero, al final, ni el político ni el analista de pacotilla me van a llenar la cesta de la compra.

Esto es un viaje disparatado y largo, así que, desde hoy, no voy a perder el tiempo encendiendo la televisión nunca más. Os abandono. Conecto Spotify. Suena La Casa Azul.«Fundirme en tu cuerpo y tu mente y poder revivir...Era el momento».

Un momento, sale mi horóscopo. Y ahí está ella diciendo: «Sal a la calle con tu mejor actitud y tu mejor sonrisa...».Mira, Esperanza Gracia, perdona, pero me perturbas.

Yo me quedo en casa.